

EPÍSTOLA DE JUDAS

La epístola de Judas relata la historia de la apostasía de la cristiandad como un fenómeno moral que traducía la gracia de Dios en libertinaje, desde los primeros elementos que se infiltraron en la asamblea para corromperla hasta su juicio a la aparición del Señor. En las cartas de Juan, los apóstatas han salido; aquí, están infiltrados y siembran corrupción. Es una epístola muy corta. Contiene enseñanzas breves presentadas con la brusquedad del estilo profético, aunque tienen un enorme peso e influencia.

El mal que se había apoderado de los cristianos no cesaría hasta que el juicio lo eliminara.

Ya hemos visto la diferencia entre la epístola de Judas y la segunda carta de Pedro, en la que este apóstol habla del pecado y aquel de la apostasía, del cambio de la asamblea en su estado primigenio. El abandono de la santidad de la fe es el asunto que aquí se estudia. Judas no habla de una separación externa. Ve a los cristianos como un número de personas que profesan una religión, originariamente devotos de sus creencias. Cierta gente se había deslizado entre ellos, cogiéndolos desprevenidos. Comían sin pudor en los ágapes cristianos, pero cuando el Señor volviera asistido por todos sus santos (tras haber sido arrebatados los fieles) en el juicio se los consideraría responsables de pertenecer a esta clase de personas, para dejar convictos — dice— «a todos los impíos de todas sus obras impías». De hecho, podrían rebelarse abiertamente en la hora del juicio individuos que una vez habían formado parte de la compañía de los cristianos. Eran auténticos apóstatas, enemigos que se quedaban atrás.

Cuando dice «estos son los que causan divisiones», no significa de un modo flagrante en la asamblea, sino que se refiere a personas que ocupan respetuosamente su lugar, pero distinguiéndose del resto por considerarse mejores que ellos, como hacían los fariseos con los judíos. Judas los identifica en medio de la comunión como si fueran cristianos. El juicio recae sobre esta clase de gente: el rapto de los santos los ha reservado para él.

Judas comienza declarando la fidelidad de Dios y destacando los matices de su solicitud por los santos, lo que responde a la oración de Jesús en el capítulo 17 del evangelio de Juan. Fueron llamados uno, santificados por Dios Padre y guardados en Jesucristo. Feliz testimonio que engrandece la gracia de Dios. «Padre santo —dijo nuestro Señor—, guárdalos»; y fueron santificados por el Padre y preservados en Jesucristo. El apóstol habla teniendo en cuenta el abandono de la mayoría de la fe santa; su mensaje iba destinado a quienes eran guardados.

Se había propuesto escribirles sobre la salvación común de todos los cristianos, pero consideró necesario exhortarles a mantenerse firmes, a luchar por la fe que una vez se les dio, porque estaba siendo corrompida con la negación de los derechos de Cristo como Maestro y Señor, y así, al dar rienda suelta a la voluntad, también se abusaba de la gracia y la convertían en un principio disoluto. Los dos elementos malignos que introdujeron los instrumentos de Satán son el rechazo de la autoridad de Cristo —no la negación de su nombre—, y el abuso de la gracia, para satisfacer su propia concupiscencia. En ambos casos se trata de la voluntad humana, liberada de todo lo que la reprimía; «señor» no es la palabra aquí, sino «déspota», maestro soberano.

Habiendo señalado el mal que se había infiltrado secretamente, la epístola continúa mostrándoles que el juicio de Dios se ejecuta sobre aquellos que no caminan en la posición a la que habían sido llamados al comienzo.

El mal existía no solo porque determinadas personas se habían colado entre ellos —un hecho grave, pues la acción del Espíritu Santo se ve obstaculizada—, sino que, en definitiva, el testimonio entero de Dios, el receptáculo donde se ubicaba y conservaba iba a corromperse, como pasó con los judíos, a tal punto que desataría el juicio divino. Y así ha sucedido.

Este es el tenor de la ruina del testimonio establecido por Dios en el mundo, una ruina suscitada por la corrupción del vaso que lo contiene y lleva su nombre. Al señalar que la corrupción moral es propia del estado de los profesantes, Judas cita como ejemplos de esta caída y del juicio a Israel, que cayó en el desierto (a excepción de dos, Josué y Caleb), y a los

ángeles que, tras no haber conservado su primer estado, permanecen encadenados en tinieblas esperando el juicio de ese gran día.

Este ejemplo viene sugerido por otro caso, el de Sodoma y Gomorra, ciudades representativas de la inmoralidad y corrupción que precipitaron el juicio. Su condición es un testimonio perpetuo, en la tierra, con miras a su condenación.

Estos hombres impíos con nombre cristiano no son más que soñadores, puesto que la verdad no está en ellos. Solo abrigan los dos principios ya mencionados: la inmundicia de la carne y el desprecio por la autoridad, que manifiesta la licencia de la lengua y la voluntad desatada hablando mal de las dignidades, mientras que, como dice el texto, el arcángel Miguel no se atrevió siquiera a reprender al diablo, sino que con la gravedad del que obra según Dios apeló a Su juicio.

Judas resume los tres tipos malignos o a las personas en su enajenamiento de Dios: en primer lugar, están la naturaleza y el antagonismo de la carne al testimonio divino y a su verdadero pueblo, el valor que otorga la enemistad a la voluntad carnal; en segundo lugar, el mal eclesiástico que enseña el error para obtener recompensa, sabedor como es todo el tiempo de que esto es contrario a la verdad de Dios y a los intereses de su pueblo; por último, la rebelión y oposición abiertas a la autoridad divina, representada en la persona de su Rey y Sacerdote.

En el momento en que Judas escribía su epístola, estas personas que Satanás introdujo en la iglesia para sofocar la vida espiritual y lograr el resultado que el Espíritu arroja aquí de forma profética, estaban morando en medio de los santos, participando en los ágapes devotos que celebraban como símbolo de su amor fraternal y manchando sus fiestas de amor sin miedo a llenarse de la ambrosía de los fieles. El Espíritu Santo los denuncia enérgicamente. Estaban doblemente muertos, por naturaleza y por su apostasía, producían frutos marchitos y fuera de temporada; desarraigados, espumeando en todas partes su deshonor, eran estrellas errantes reservadas a las tinieblas. En la antigüedad, el Espíritu había anunciado por boca de Enoc el juicio que debería ejecutarse sobre ellos. Esto adquiere un aspecto muy importante de la enseñanza ofrecida aquí, a saber, que este mal que venían arrastrando los cristianos continuaría y seguiría presente cuando el Señor regresara para juzgarlo. Él vendría con la miríada de sus santos para ejecutar sentencia sobre los malvados por sus actos inicuos y las palabras impías que habían pronunciado contra él. Habría un sistema progresivo del mal, originado en tiempo de los apóstoles y hasta la venida del Señor. He aquí un testimonio solemne de lo que iba a suceder entre los cristianos.

Es bastante sorprendente ver al autor inspirado identificar los favores del libertinaje con los rebeldes que serán objeto del juicio en el último tiempo. Se trata del mismo espíritu y obra del enemigo, si bien refrenados de momento, que madurarán para el juicio. ¡Qué desgracia para la asamblea! Es, sin embargo, la progresión universal que promueve la humanidad, solo que, como la gracia ha revelado a Dios y ha liberado al hombre de la ley, ahora debía haber santidad de corazón y en el alma, el placer de obedecer bajo la ley perfecta de la libertad, o bien licencia y una rebelión desencadenada. En esto se cumple el proverbio de que la corrupción de lo más excelente es la peor de las corrupciones. Hemos de añadir que la admiración de las personas de la que son objeto los apóstatas es otro de los rasgos que los distinguen. No es a Dios a quien aquellas contemplan.

Los apóstoles ya habían advertido a los santos que llegarían estos burladores, que autoexaltados irían tras sus deseos sin tener al Espíritu, sino que se conducirían por su estado natural soliviantado.

La siguiente exhortación práctica iba destinada a los que fueron guardados. Según la energía de la vida y poder espirituales, debían edificarse con ayuda de la gracia para mantenerse en la comunión de Dios. La fe es, para el creyente, muy santa; la aprecia porque no puede ser de otra manera, y lo que tiene que hacer en las dolorosas circunstancias que refiere el apóstol —sin que importe demasiado su crecimiento— es edificarse en esta santísima fe, cultivar la comunión y sacar partido, a través de la gracia, de las revelaciones del amor divino. El cristiano posee un ámbito de pensamientos donde puede refugiarse del mal que le rodea y crecer en el

conocimiento de Dios, del que nada puede separarle. Su porción es para él más palpable cuanto más aumenta el mal. Su comunión con Dios se halla en el Espíritu Santo, en cuyo poder ora, el vínculo entre Él y su alma. Las oraciones se pronuncian en la intimidad de esta relación, estimuladas por la inteligencia y el poder espiritual.

Así se mantenían en el conocimiento, en la comunión y el gozo del amor de Dios. Permanecían en su amor mientras residían aquí, pero como fin esperaban la misericordia del Señor Jesucristo para vida eterna. En efecto, cuando uno ve cuáles son los frutos del corazón del hombre, siente que debe ser Su misericordia la que nos presente sin mancha aquel día ante el rostro de un Dios de santidad. Sin duda, se trata de su fidelidad inmutable, pero en presencia de tanto mal, pensamos más bien en la misericordia. Ved lo que Pablo dice en circunstancias similares en 2Ti 1:16. Es la misericordia la que marca la diferencia entre los que caen y quienes permanecen de pie (cf Ex 33:19). También debemos diferenciar a los extraviados. Hay quienes se quedan en la cuneta por causa de otros, cuyo corazón corrupto obra deseos malvados. Allí donde vemos esto manifiesto, debemos aborrecer todo lo que represente una corrupción endémica.

El Espíritu de Dios no trata en esta epístola la eficacia de esta redención. Se ocupa de los astutos ardides del enemigo, de sus intentos por relacionar las acciones de la voluntad humana con profesar la gracia de Dios, y así provocar la corrupción de la asamblea y la ruina de los cristianos, poniéndolos en el camino de la apostasía y el juicio. La confianza está depositada en Dios; a él se dirige el autor sagrado al concluir su carta pensando en los fieles a quienes escribe; al que, dice el apóstol, es capaz de evitar que caigamos y puede llevarnos sin mancha ante la presencia de su gloria con gran gozo.

Es importante observar la manera en que el Espíritu de Dios habla en las epístolas de un poder que sabe mantenernos alejados de toda caída, irreprochables, de modo que no podemos soslayar el mínimo pensamiento de pecado. No es que la carne no esté en nosotros, sino que, con el Espíritu Santo actuando en el nuevo hombre, nunca necesita obrar o influir en nuestra vida (cf 1Ts 5:22). Estamos unidos a Jesús: él nos representa ante Dios como nuestra justicia. Mas Aquel que en su perfección lo es, también es nuestra vida, para que el Espíritu tenga como objeto poner de relieve esta perfección en la práctica. El que dice «yo permanezco en él», debe caminar igual que el Señor, quien también dice: «sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto».

Hay una evolución en todo esto. Cristo resucitado origina esta vida en nosotros, la cual asciende de nuevo a su fuente y ve al Cristo glorificado, al que seremos conformados en gloria como objeto y finalidad (cf Fil 3). Pero el efecto de ello es que no disponemos de otra meta: «... una sola cosa hago». Por consiguiente, sea cual fuere el grado en que se cumpla, el motivo siempre resulta perfecto. La carne no cuenta en absoluto, y en este sentido somos irreprochables.

Entonces, el Espíritu —pues Cristo, nuestra justicia, es también nuestra vida— establece un vínculo vital con el resultado ulterior de una condición irreprochable ante Dios. La conciencia sabe por gracia que poseemos la perfección absoluta, dado que Cristo es nuestra justicia, y el alma que se regocija en ella es consciente de su unión con él, buscando el cumplimiento de esta perfección por el poder espiritual que nos une a la Cabeza.

A Aquel que puede lograrlo, guardándonos de toda clase de caídas, la epístola da toda la gloria y el dominio por los siglos.

Lo que es especialmente llamativo de la epístola de Judas es que resigue la línea de corrupción de la asamblea desde la infiltración subrepticia de estas personas hasta su juicio al final de los tiempos, demostrando de esta manera que no se podía evitar el mal, sino que iría creciendo a través de sus diversas fases.